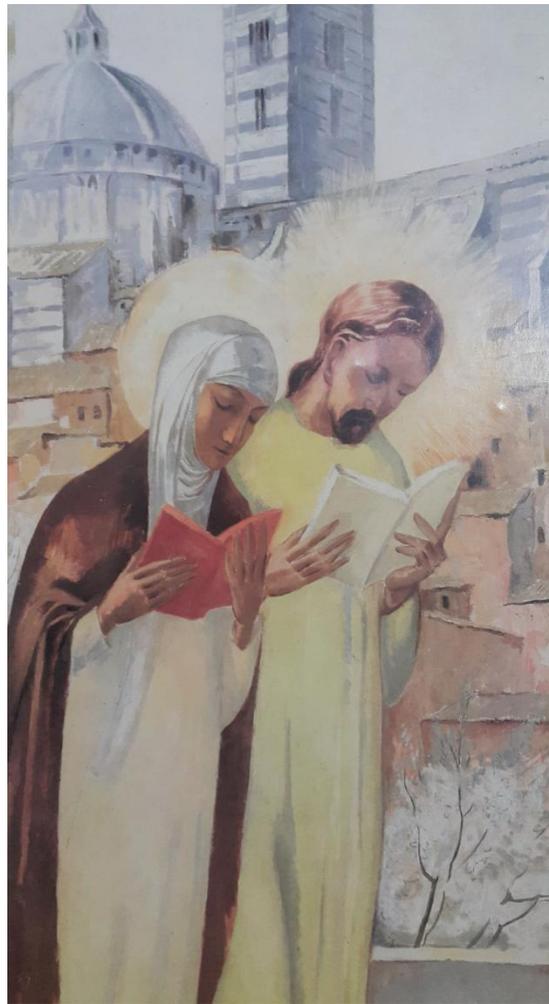


FR. REGINALD GARRIGOU-LAGRANGE OP

*“CARÁCTER Y PRINCIPIOS DE LA
ESPIRITUALIDAD DOMINICANA ”*

“Caractère et les principes de la spiritualité Dominicaine”

La vie spirituelle, n° 23, aout 1921.



www.traditio-op.org

TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM

Tan pronto como uno intenta precisar el carácter de la espiritualidad dominicana se encuentra impresionado por la multiplicidad de elementos que conlleva y por una simplicidad superior que no es fácil de definir. Considerados por separado, los varios principios que la constituyen no parecen fácilmente conciliables, su unión resulta misteriosa y sólo quien está llamado a seguir este camino va descubriéndola progresivamente.

De un lado, en efecto, esta espiritualidad recuerda a menudo que la gracia no destruye la naturaleza sino que la perfecciona; concede tal importancia al desarrollo natural de nuestras facultades superiores, que santo Tomás de Aquino ha sido acusado por sus adversarios de naturalismo, pues han pretendido ver en él más un filósofo que un teólogo. Algunos han llegado a decir que su “Suma Teológica” recuerda más la sabiduría aristotélica que la del Evangelio y de san Pablo, y que en esto difiere esa obra notablemente de las obras clásicas de los grandes autores espirituales, como, por ejemplo, de “La imitación de Cristo”.

En contrapartida, la espiritualidad dominicana tiene mucho de mortificación, como lo muestra la regla de la Orden: Oficio Litúrgico nocturno, vigilia perpetua, ayunos y otras observancias monásticas que las congregaciones han estimado muy difíciles de conciliar con la actividad apostólica. Lo mismo ocurre con la regla de la Tercera Orden llamada de Penitencia. Aparece sobre todo en la vida austerísima de los santos y beatos dominicos, en su gran devoción a los misterios dolorosos de la Pasión, cuyos estigmas recibieron muchos de ellos. No hay en la Iglesia doctrina que más se oponga teológicamente al naturalismo pelagiano o semipelagiano que la de santo Tomás de Aquino, ninguna que insista tanto en la imposibilidad de merecer la vida sobrenatural a base de las buenas obras naturales, así como de disponerse a la gracia santificante sin la ayuda gratuita de la gracia actual¹; ninguna doctrina que muestre mejor la elevación infinita de la vida sobrenatural por encima de cualquier vida natural por más rica que sea, incluida la de los ángeles, hasta el punto de que la naturaleza más perfecta parece nada en comparación con el mínimo grado de gracia santificante. ¿No es esto excederse en despreciar la naturaleza que antes parecía haberse estimado en demasía? ¿Cómo puede conciliarse todo esto y unirlo en la práctica?

En el orden mismo de la gracia la espiritualidad dominicana afirma también dos principios que parecen oponerse. Sostiene por un lado que la gracia no resulta eficaz porque consienta nuestra voluntad, sino que es eficaz por sí misma, intrínsecamente, y que produce en nosotros y con nosotros la buena voluntad salvífica. Parece que estamos tocando el

¹ Cf Sto. Tomás, S.T., I-II, 109, aa. 5, 6 y 7; 112, 3; 113, 5.

quietismo, que el hombre no tiene otra cosa que hacer que dejarse salvar y santificar por Dios, sin actuar él personalmente; parece que basta un amor puro, pasivo, desinteresado con respecto a la salvación, que se remita a la predestinación gratuita sin atender a la práctica de las virtudes. Pero por otro lado la espiritualidad dominicana insiste mucho sobre esta práctica de las virtudes; se ve por el número de ellas que santo Tomás distingue: más de cuarenta, de las que trata una por una, oponiendo a cada una de ellas dos vicios, uno por exceso y otro por defecto. Basta recordar la ascética continua del “Diálogo” de santa Catalina de Siena y del “Tratado de la vida espiritual” de san Vicente Ferrer.

Finalmente, si se trata de la forma de vida sobrenatural, mientras ciertas órdenes se dedican exclusivamente a la vida contemplativa y otras a la vida activa, la espiritualidad dominicana quiere unir las dos. Parece sin embargo que la contemplación es impedida por la actividad de una vida de estudio y apostolado, y que esta actividad no dispone para nada a la contemplación propiamente dicha, la cuál es de orden místico y supone el silencio, la soledad, el recogimiento habitual. ¿Cómo unir ambas vidas? Se ha querido ver a veces en la Orden de santo Domingo un dualismo, la oposición de dos corrientes: de una parte la de la vida de estudio y apostolado, que vendría de santo Tomás, y de otro la de la vida de piedad y de observancia, que vendría de santa Catalina de Siena a través del Beato Raimundo de Capua; como si santo Domingo no hubiera podido dar a su Orden la unidad superior que requiere todo organismo vivo. En realidad, estos tres santos: Domingo, Tomás de Aquino y Catalina de Siena constituyen dentro de la misma Orden como un reflejo de las tres Personas divinas: el Padre, el Verbo y el Espíritu de amor. Su unión resulta un misterio para nosotros por la única razón de que es muy íntima y elevada.

Podríamos señalar varias otras oposiciones aparentes en la espiritualidad dominicana. Considera, por ejemplo, a la inteligencia como la facultad más elevada que dirige a todas las otras pero no menos reconoce con toda nitidez la superioridad de la Caridad respecto a todo conocimiento que podamos tener de Dios en esta vida.

¿Cómo pueden conciliarse estos elementos en apariencia tan opuestos en un mismo ideal? ¿Cuál es el carácter dominante que los une?

CARÁCTER DOMINANTE DE LA ESPIRITUALIDAD DOMINICANA

Después de lo que acabamos de decir se ve enseguida que la espiritualidad dominicana se preocupa de no suprimir nada de lo que puede verdaderamente concurrir a nuestra perfecta santificación y a la del prójimo. No duda en afirmar principios aparentemente contrarios, con tal que cada uno de ellos por separado parezca absolutamente cierto. No se contenta con yuxtaponerlos mecánicamente, a base de un eclecticismo oportunista que pusiera coto mejor o peor a sus exigencias. Comprende que para unirlos de modo orgánico, en una subordinación perfecta, debe elevarse más alto, y

que en esta ascensión es preciso no quedarse a medio camino. Las contradicciones aparentes se resuelven por el equilibrio de sus términos llevados a su grado máximo. En la cumbre se logra la armonía. Por eso la espiritualidad dominicana tiende hacia una visión de conjunto muy superior, que pueda abarcar de una ojeada los más variados aspectos de la vida cristiana y ver de ese modo cómo se unen en su común principio y en su fin supremo. Esta superior mirada de conjunto no es otra que la Sabiduría o la contemplación de la Verdad divina y de su irradiación universal. Tal es en efecto la divisa de la Orden de santo Domingos: *Contemplari et contemplata aliis tradere*, contemplar y dar a los otros su contemplación para salvarlos. Más brevemente, con una sola palabra, que designa el objeto de esta contemplación apostólica: *Veritas*: la Verdad divina y la irradiación universal de la luz de vida.

Cada familia de almas tiene su fisonomía espiritual distinta. San Pablo nos dice (I Co 12, 8): “Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo; hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero el mismo Dios es el que obra todo en todos. A cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para utilidad común. A uno le es dado por el Espíritu palabra de sabiduría (el don de hacer conocer los misterios más elevados de la revelación), a otro palabra de ciencia según el mismo espíritu (el don de proponer las verdades de la religión que todos deben saber y de ponerlas al alcance de la gente), a otro la fe (en ese grado en que obtiene y hace milagros), etc... Es el único y mismo Espíritu quien produce esos dones, distribuyéndolos a cada cual según su voluntad”. Esta diversidad aparece entre los mismos Evangelistas, y la elevación de San Juan proviene de que había recibido en grado superior esta palabra de sabiduría, *sermo sapientiæ*, de la que nos dice san Pablo (I Co 2,6): “Hablamos de sabiduría entre los perfectos, pero no de sabiduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo, que se van debilitando; sino que hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de todos los príncipes de este mundo... A nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios”.

¿Acaso no recibió esta misma misión santo Domingo, aquél gran contemplativo que pasaba habitualmente sus noches en oración, entregándose a una penitencia heroica, y que predicaba durante el día “no hablando sino con Dios o de Dios”? Alma de oración incesante, se lo encontraba por los caminos de Lenguedoc tan absorto en la contemplación divina que de su frente salía una luz. Fue esa luz la que paralizó el brazo de un asesino contratado por los herejes. Se ha dicho que Domingo y su Orden fueron salvados de la muerte por su contemplación.

Tenía la misión de iluminar a las almas, como le dijo el Señor en persona a Santa Catalina, comparando la Orden de Santo Domingo con la de san Francisco: “Mira a Francisco con que perfección y perfume de pobreza, con las margaritas de la virtud, ordenó la navicilla de su Orden... Todas las virtudes reciben vida de la Caridad, y, sin embargo,

como te he dicho en otro lugar, a uno corresponde más una y a otro otra, y, sin embargo, todas se fundan en la Caridad. Así ocurre aquí. Al pobrecillo Francisco le correspondió la verdadera pobreza, poniendo el fundamento de su navecilla en ella... Y si te fijas en la navecilla de tu Padre Domingo, mi amado hijo, él organizó la Orden con perfecto esmero, pues quiso que los suyos atendieran sólo a mi honor y a la salvación de las almas por medio de la ciencia... Tomó la luz de la ciencia como finalidad más propia suya para extirpar los errores que habían surgido en aquel tiempo. Tomó el oficio de mi Hijo Unigénito, el Verbo... El fue una luz que yo ofrecí al mundo por medio de María... ¿En qué mesa hace comer a sus hijos la luz de la ciencia? En la mesa de la Cruz... Hoy día... en razón de la soberbia, algunos convierten la luz en tinieblas... No digo “por culpa de la Orden”, que en sí tiene toda delicia. Pero al principio no era así; cuando se hallaba en flor, había hombres de gran perfección. Se parecían a san Pablo; con tal claridad en su entendimiento... Mira al glorioso Tomás, que con los ojos de su relevante inteligencia se veía en mi Verdad como en un espejo, por lo que adquirió la luz sobrenatural y ciencia infusa por gracia, por lo cuál obtuvo él más por medio de la oración que por el estudio humano” (Diálogo, Tratado de la obediencia, c. V, n. 158).

Las últimas líneas muestran que la ciencia de que aquí se ha hablado es la ciencia suprema o sabiduría, que conoce las cosas por su causa primera y por su fin último. No se trata tan sólo de la sabiduría adquirida por el esfuerzo de la razón natural o por la investigación teológica hecha a la luz de la fe, sino de la sabiduría infusa o ciencia soberana de los santos, principio de ese conocimiento amante que es la contemplación: mirada completamente impregnada de amor sobrenatural y que nos lleva a amar más a Dios y a hacerlo amar. Es la perfecta subordinación de la sabiduría natural a la sabiduría divina. Por una coincidencia particular, la iglesia de los dominicos en Roma se llama Santa-María-sobre-Minerva, como para decirnos: en esta subordinación, la sabiduría natural, lejos de quedar esclavizada, queda glorificada y transfigurada.

En una vida así no hay dualismo u oposición entre la piedad litúrgica y las observancias, por un lado, y el estudio y el apostolado, por otro. Todo queda armonizado, a condición de poner el culto y la austeridad de las observancias, así como el estudio, en orden a esa contemplación divina, la cuál a su vez está ordenada a una Caridad mayor, que debe desbordar sobre las almas dándoles la luz de vida para conducir las a Dios. Todo esto queda bien resumido en la divisa “*Contemplari et contomplata aliis tradere*”: La Verdad divina contemplada y predicada. En este mundo la contemplación, por más que dirija el amor de Dios, es inferior a él; es más perfecto sobre esta tierra amar a Dios que conocerlo, pues el conocimiento trae a Dios a nosotros de alguna forma y le impone la limitación de nuestras propias ideas, mientras que el amor nos lleva a Dios y nos eleva hasta Él. Pero en el cielo y por toda la eternidad, la contemplación de Dios visto cara a cara no conocerá límites y será superior al amor que ella misma producirá de modo necesario en nosotros (Cf. Sto. Tomás, S.T., I, 82, 3). Cada familia religiosa tiene su espiritualidad propia. San

Benito dedica a sus hijos de modo particular a la celebración del Oficio Divino, siendo así la Orden patriarcal de la alabanza y de la paz. El Carmelo y la Cartuja evocan la soledad y la austeridad tan caras a la vida eremítica, debiendo mantener muy alto en la Iglesia el espíritu de oración. Los hijos de san Francisco encuentran en la pobreza de su padre el secreto y la aspiración de un amor completamente seráfico. San Ignacio forma una milicia que sabe unir al celo de la gloria de Dios la prudencia y la habilidad; su rasgo característico es el esfuerzo de la voluntad. Y así ocurre con todos los fundadores de órdenes. Cada uno tiene para las almas predestinadas a seguirle una respuesta luminosa, amante, fuerte y pacificante. A las almas que sobre todo tienen sed de la Verdad, Dios les propone como guía a santo Domingo y las grandes lumbreras de su Orden: Verdad inmutable, infinitamente superior a las fluctuaciones de la opinión; Verdad incluso superior a la libertad por ella regulada, a la que ella preserva del desvarío y del crimen. Verdad divina de la fe que los predicadores han defendido con peligro de sus vidas contra el encarnizamiento de la herejía destructora de la sociedad. Verdad afirmada por la sangre del santo inquisidor Pedro mártir y de tantos otros heroicos defensores de la fe. Verdad no sólo de la inteligencia sino de la vida; vida interior y exterior a la altura de lo pensado, para que no decaiga, bajo pretexto de moderación, a nivel de la mediocridad, y para que Dios sea glorificado. Veracidad absoluta, odio a la mentira en cualquier forma que se presente, y a la hipocresía, lealtad perfecta, magnanimidad y franqueza (que sin humildad y Caridad degenerarían en rudeza hiriente, pero que dan una gran simplicidad a esta fisonomía espiritual de aspectos tan diversos). Para permanecer en la verdad debe tender con mucha humildad a grandes cosas, “*magnanimiter in re, humiliter autem in modo, fortiter et suaviter*”² (con magnanimidad o grandeza de alma en lo que se hace, pero con humildad en el modo como se hace, fuerte y suavemente).

PRINCIPIOS DIRECTIVOS DE LA ESPIRITUALIDAD DOMINICANA

De este carácter fundamental de la espiritualidad dominicana derivan los principios directivos que la constituyen. Es fácil enunciarlos en su orden natural. Los desarrollaremos pronto³.

1º Esta espiritualidad aconseja el pleno desarrollo de la naturaleza bajo la gracia, pero sin ningún naturalismo, pues considera este desarrollo desde el punto de vista de la sabiduría, en su causa primera y fin último y ve en él un fruto de la gracia. 2º Tras haber mostrado lo que puede la naturaleza más dotada y genial, añade que todo eso no es

² Cf. II-II, 129, 3 y el comentario de Cayetano: de la magnanimidad y de la humildad, su íntima relación a pesar de su aparente oposición. — Ver también II-II, 162, 3 ad 1, cómo el orgullo impide indirectamente el conocimiento especulativo de la verdad y de modo directo el conocimiento afectivo: “Mientras el orgulloso se deleita en su propia excelencia, toma a mal y recibe como molestia la excelencia de la verdad”.

³ Será la síntesis de artículos ya aparecidos aquí mismo (en la revista *Vie Spirituelle*) sobre la Doctrina de Santo Tomás y la espiritualidad. *Vie Spirituelle*, 1920, t. I, 217, 361; II, 1, 81.

absolutamente nada en comparación con la vida sobrenatural, cuya elevación infinita pone mucho más de relieve. Al mismo tiempo hace ver la armonía sublime de estos dos órdenes infinitamente distantes entre sí. 3º Desde ese punto de vista superior, más divino que humano, insiste en la eficacia de la gracia y en la pasividad de la criatura; considera en consecuencia la vida mística como coronamiento normal de la ascesis y quiere que la acción apostólica derive de la plenitud de la contemplación.

1. La naturaleza no debe ser destruida sino perfeccionada por la gracia.- Este principio, frecuentemente enunciado por santo Tomás, debe ser entendido con gran espíritu de fe y desde el punto de vista superior de la sabiduría; de lo contrario se lo falsea (nada más fácil) o se lo convierte en peligroso, en fuente de tentaciones. La palabra naturaleza que figura en el enunciado de este principio debe ser tomada no en sentido ascético sino en sentido abstracto, metafísico. En otras palabras: no se refiere a la naturaleza humana caída como tal ni a la naturaleza tal como se da concretamente en la práctica después del bautismo, con las consecuencias del pecado original que este sacramento no ha suprimido, con las heridas en vías de cicatrización, que durante tanto tiempo nos dejan debilitados para el bien e inclinados al egoísmo en todas sus formas. Esta palabra “naturaleza” designa aquí la naturaleza humana en lo que ella tiene de esencial, de bueno, de acuerdo a la idea divina que le sirve de arquetipo o de ejemplar eterno.

Desde este punto de vista es muy cierto que la gracia no debe destruir la naturaleza sino perfeccionarla al elevarla. Por eso la espiritualidad dominicana aconseja el pleno desarrollo de los dones naturales que hemos recibido de Dios, el estudio de la sabiduría humana (el perfecto uso de la razón natural) en unión con la sabiduría divina que se obtiene en la oración. Desde ese mismo punto de vista nos dice: Sé sobrenaturalmente tu mismo, menos tus defectos, de acuerdo a la idea divina que preside tu destino. La Orden dominicana es “amplia, alegre y perfumada: un jardín de placeres en sí misma” (SANTA CATALINA DE SIENA, Diálogo, Tratado de la obediencia, c. V, n. 158). Pero para serlo de verdad requiere la austeridad de la penitencia y la práctica de las virtudes heroicas a la luz de la contemplación.

No hay, pues, en esto ningún desacuerdo entre santo Tomás y el autor de “La imitación de Cristo” o los otros grandes místicos. Más bien, al tener una idea abstracta muy precisa de la esencia, las propiedades inmutables, las fuerzas y el fin último de la naturaleza humana, Santo Tomás capta mejor cuanto en la práctica la deforma, todo lo que está desordenado como fruto del pecado y como inclinación al pecado, lo que no sólo debe ser moderado

sino mortificado y extirpado por la penitencia, que verdaderamente pertenece a la esencia del cristianismo, como el sacramento que también lleva ese nombre. Este trabajo de saneamiento o de curación es considerado siempre por santo Tomás desde el punto de vista de la causa primera y del fin último, y lo declara absolutamente imposible en el estado actual sin la gracia, cuyas dos funciones principales son las de curar la naturaleza y elevarla sobrenaturalmente (*gratia sanans et elevans*). El Doctor Angélico va incluso más lejos por lo que a la necesidad de esta gracia sanante se refiere: sin ella no se puede restablecer el equilibrio de nuestra vida moral natural, perturbado por el pecado original. La revelación sobrenatural es moralmente necesaria para que todos los hombres puedan conocer con rapidez, con certeza y sin mezcla de error el conjunto de verdades naturales de la religión (II-II, 2, 4). Estas verdades, muy inferiores al orden de los misterios sobrenaturales, son de suyo accesibles a la razón, pero ésta sin la gracia no las alcanza sino de modo muy imperfecto. “Asimismo para amar a Dios naturalmente sobre todas las cosas el hombre caído necesita la ayuda de la gracia sanante” (I-II, 109, 3). “Sin esa ayuda puede ciertamente hacer algún bien particular (construir casas, plantar viñas y cosas parecidas), pero, como enfermo, no puede hacer todo el bien natural, observar todos los preceptos de la ley natural” (I-II, 109, 2 ad 4). Por tanto, cuando Santo Tomás habla en la Suma Teológica de la perfección natural y de las virtudes adquiridas que la constituyen, se trata ya formalmente del efecto de la gracia que sana, habla no sólo como filósofo sino como cristiano y teólogo. No hay, pues, ningún peligro de naturalismo.

2. Más bien, esta alta concepción de la perfección natural del hombre, lejos de conducir al naturalismo, muestra mejor que ninguna otra la elevación infinita del orden sobrenatural, que supera absolutamente las fuerzas y las exigencias no sólo de la naturaleza humana mejor dotada, sino de toda, naturaleza humana creada y creable. Cuanto más se hace notar la perfección del orden natural, tanto más en claro queda la elevación de la vida sobrenatural que lo supera infinitamente. Sea cual fuere la evolución natural de nuestras facultades y virtudes a base de un supuesto progreso indefinido de la ciencia y de la moralidad, esta evolución jamás alcanzaría el valor del menor grado de gracia santificante. Podría incluso Dios crear ángeles cada vez más perfectos, y su perfección natural nunca podría compararse con el menor grado de Caridad. Imposible comparar la naturaleza creada, por perfecta que se la suponga, y la naturaleza divina, de la que la gracia es una participación real y formal. “La gracia de una sola alma (por ejemplo la de un niño pequeño después de bautizado) vale más que el bien natural de todo el universo” (I-II, 113, 9 ad 2), más que todas las naturalezas angélicas

creadas y creables juntas, del mismo modo que el menor acto de pensamiento vale más que todo el mundo de los cuerpos, que los millares de estrellas contenidos en las nebulosas.

No es posible formarse una idea más alta del orden de la gracia. Aunque algunos teólogos hayan dicho lo contrario, es imposible admitir que haya en nuestra naturaleza o en la del ángel más perfecto el menor germen de esta vida sobrenatural, que es de orden infinitamente superior: una participación real y formal de la vida íntima de Dios.

Tanto en nuestra naturaleza como en la del ángel no hay sino la capacidad de ser elevados a esa vida completamente divina; esta capacidad completamente pasiva no es mayor en la inteligencia angélica más vigorosa que en el alma de una pobre cristiana desprovista de instrucción por completo; y si esa pobre mujer muere con un grado de Caridad igual al de aquel espíritu puro, éste no verá mejor que ella la esencia divina; el vigor natural de su inteligencia no le proporcionará una intuición más penetrante de ese objeto infinito completamente sobrenatural. No hay ninguna proporción positiva, entre los dos órdenes, y por eso las buenas obras naturales no pueden en absoluto merecernos la gracia divina ni disponernos a ella positivamente. Es éste un punto fundamental de la doctrina de Santo Tomás, contra todo vestigio de naturalismo pelagiano (Cf. De Veritate, q. 14, a. 2).

Se pone así de manifiesto también la superioridad infinita de las tres Virtudes Teologales sobre el conocimiento natural y el amor natural de Dios, así como sobre el conocimiento natural de los milagros y otros signos de la Revelación. Nuestro acto de fe infusa no es un acto natural revestido de una modalidad sobrenatural, como el cobre es bañado en oro para que parezca oro. Es esencialmente sobrenatural en su fondo, su motivo formal inmediato no es otro que la Verdad divina que revela; es en consecuencia infinitamente superior al acto de fe del demonio, que se funda en la evidencia natural de los milagros, aunque el demonio tiene ideas infusas mucho más perfectas que nuestras ideas adquiridas. Desde este punto de vista se comprende también el valor inapreciable del menor acto de Caridad, la elevación de las virtudes infusas por sobre las virtudes morales adquiridas, descritas por los moralistas paganos, y toda la grandeza de los dones del Espíritu Santo, que nos vuelven dóciles a sus inspiraciones y nos hacen participar en su manera completamente divina de conocer y de amar. Ese sobrenatural esencial de “la gracia de las virtudes y de los dones” es incomparablemente más elevado que el de los milagros y de las manifestaciones exteriores de la vida mística.

No hay autor espiritual que se haya formado una idea más elevada de la vida sobrenatural y que haya dado principios más seguros para entender adecuadamente lo que debe ser en su intimidad la unión con Dios.

La espiritualidad dominicana, al insistir sobre la distancia infinita que separa, la naturaleza y la gracia, pone a la vez de relieve la sublimidad de su armonía. ¿Qué es lo sublime sino algo infinitamente superior en el orden de la belleza, sobre todo de la belleza intelectual y moral? Ahora bien, lo bello no es sino la armonía espléndida de elementos diversos, la explosión de unidad en la diversidad. Si los elementos a reunir son infinitamente distantes entre sí, sólo Dios puede armonizarlos, y su unión no sólo es muy bella sino sublime. Tan sólo Dios puede, pues, reunir la naturaleza y la gracia y, en sus dones sobrenaturales, salvar la perfecta conformidad con la naturaleza y la absoluta gratuidad. Es a esta sublimidad a la que se refiere Santo Tomás con toda simplicidad cuando habla de la comunión eucarística, prenda de la vida del cielo:

O res mirabilis, manducat Dominum pauper servus et humilis.
(Oh cosa admirable, come al Señor el pobre y humilde siervo).

Crear que, porque la gracia no destruye la naturaleza sino que la perfecciona, la perfecta armonía de ambas es fácilmente realizable, es caer en una ilusión. El objeto propio de la esperanza, dice Santo Tomás, es difícil, *arduum*.

Esta armonía existía ciertamente en el estado de justicia original; se vuelve a encontrar en un grado incomparablemente superior en Jesucristo y en María; la contemplamos en la vida unitiva de los santos; para llegar a ella es indispensable la vía purgativa, incluidas las purificaciones pasivas que nos asocian a la vía dolorosa de Cristo, para disponernos a participar de su vida gloriosa en el cielo. “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios... coherederos de Cristo, con tal que suframos con él para ser glorificados con él” (Rm 8, 16).

3. Finalmente, en este orden sobrenatural, la espiritualidad dominicana, desde el punto de vista superior de la sabiduría, que juzga de todo por relación a Dios, insiste más sobre la eficacia de la gracia divina que hay que conseguir en la oración que sobre el esfuerzo humano de nuestra voluntad. A sus ojos, la gracia es eficaz por sí misma y no por el consentimiento que sigue. Así entiende las palabras de san Pablo: “Es Dios que obra en nosotros el querer y el obrar, según su voluntad” (Fil 2, 13); “¿Qué es lo que te distingue? ¿Qué tienes que no hayas recibido?” (1 Co 4, 7). Sólo Dios es el autor de la

salvación; lo que hay de mejor en nuestra vida cristiana (la libre determinación del buen consentimiento) no puede ser obra exclusiva nuestra sino que debe venir de Dios como de causa primera y de nosotros como de causa segundas de la gracia y de nuestra voluntad movida por la gracia, pero de ningún modo violentada por ella. ¿Hay algo más fuerte y más suave al mismo tiempo que la gracia intrínsecamente eficaz, que no destruye sino que actualiza nuestra libertad? *Fortiter et suaviter* (fuerte y suavemente) es el modo como Dios mueve nuestra voluntad hacia el bien. La espiritualidad dominicana no separa jamás estas dos notas de la acción divina: fuerza soberana y suavidad; aminorar la primera sería atentar contra la segunda, pero su íntima unión constituye un profundo misterio para nosotros, lo cual nos orienta hacia la mística ortodoxa más elevada. Se precisa una completa confianza en la eficacia absoluta de la gracia divina que nos ha merecido el mérito infinito de Cristo, Dudar de esa eficacia sería dudar de la bondad y del poder divinos.

Esta doctrina, precisamente porque no es simplemente ciencia psicológica o moral, sino sabiduría divina, considera sobre todo la causa primera y el fin último de la actividad humana. Todo en nuestros actos libres salvíficos viene a la vez de Dios y de nosotros, de Dios ante todo, de nosotros después. Así sucede ya en el orden ascético del más ordinario ejercicio de las virtudes; la vida mística aparece en consecuencia como el coronamiento normal de la espiritualidad; está caracterizada por el predominio de los dones del Espíritu Santo, de sus inspiraciones sobrenaturales y una gran pasividad del alma, que se entrega por completo a la acción divina purificadora, santificante, cada vez más profunda y unitiva⁴.

Si, por el contrario, todo no viene de Dios en nuestros actos libres, si nuestra determinación libre y nuestra cooperación se encuentran, como algo exclusivamente nuestro, con la atracción que el Señor ejerce sobre nosotros; entonces nos miramos sobre todo a nosotros mismos y la vida mística con su pasividad especial característica no aparece ya como el coronamiento normal de la vida interior, sino como algo completamente extraordinario, al margen del orden normal de la santificación perfecta.

⁴ La vida mística propiamente dicha se caracteriza por el modo sobrehumano de los dones del Espíritu Santo que se ha convertido a la vez en algo manifiesto y frecuente, mientras que antes en la vida ascética era tan sólo latente o transitorio. En términos más simples, la oración propiamente mística es la que es notoriamente pasiva y que no es producto de nuestro esfuerzo personal, ayudado por la gracia. Sobre este punto hay acuerdo perfecto entre Santa Teresa, San Juan de la Cruz, San Francisco de Sales, Santo Tomás y su escuela. Es seguro que los dones del Espíritu Santo aumentan con la Caridad, aunque ciertas almas sobresalen particularmente en los relativos a la acción, mientras que otras lo hacen en los relativos a la contemplación.

De estas dos concepciones, la primera es más divina, más sobrenatural, más simple y también (aunque pueda parecer otra cosa de entrada) más exigente. Recomienda más la plegaria, que es la respiración del alma, el abandono a la divina Providencia; da una idea más profunda de la humildad y alumbra más en las grandes pruebas purificadoras, mostrándonos sin cesar que vienen de Dios y conducen a Dios. Nos dice sobre todo: “Escucha al Señor, presta atención a su acción en tí, ten cuidado de no resistirte a sus obsequios, ora para tener la fuerza necesaria para responderle, y Él te dará su gracia muy fuerte y muy dulce, que te llevará infaliblemente al bien, a sacrificios más generosos, a una Caridad cada vez más perfecta y a una unión cada vez más íntima”.

La segunda concepción, que se inspira menos en la sabiduría divina y más en una psicología y una moral más humana, es en consecuencia más complicada, más exterior, un poco mecánica; llevará al alma a examinarse a sí misma más que a ver la acción de Dios en ella. Dirá sobre todo: “a base de esfuerzo de tu parte, haz eficaz la gracia suficiente que Dios da a todos; a tí te toca salvarte y santificarte poniendo en obra los dones que Dios concede a todo cristiano”. Poniendo menos su confianza en la ayuda del Señor, será menos exigente en consecuencia; pues no puede pedirse mucho al hombre cuando éste no puede contar con la ayuda intrínsecamente eficaz de Dios para llegar al buen consentimiento y mantenerse en él. Por eso mismo, esta segunda concepción llevará menos alto, y mirará generalmente la unión mística como un don extraordinario que sería presuntuoso desear⁵.

Creemos que la primera concepción considera a los hombres sobre todo como debieran ser, mientras que la segunda los considera sobre todo como son, ¿Debe el hecho hacernos olvidar el derecho, la común mediocridad el orden perfecto que admiramos en los santos? No confundamos lo que es extraordinario sólo de hecho, como la vida mística, con lo que es extraordinario de suyo o de derecho, como el milagro. Porque sean tan sólo unas pocas almas las elegidas y elevadas a la vida mística, no hay que concluir que son también pocas las llamadas a ella. A veces los traductores de san Juan de la Cruz y de otros autores espirituales escriben “llamados a la vida mística” donde el texto original dice “elevados a la vida mística”. Se trata de una grave confusión. “Hay en efecto muchos llamados y pocos son elegidos”, como se dice en la parábola de los invitados que no quisieron

⁵ Si, en el seno de la misma escuela se ve que se producen divergencias sobre este punto, eso prueba solamente que hay felices inconsecuencias en ciertos teólogos que olvidan sus principios a la vista de la acción particularmente eficaz y manifiesta de Dios que ven en algunas almas.

venir. Y eso es verdad no sólo en el orden general de la salvación sino también en el de la santificación perfecta⁶.

Si la fidelidad al Espíritu Santo debe conducir normalmente a las aguas vivas de la oración. ¿qué habrá que decir de las relaciones entre la contemplación y la acción apostólica? La intensidad de la primera ¿exige el sacrificio de la segunda?; ¿puede ésta esperar alimentarse al calor y a la luz viva de aquella?

La espiritualidad dominicana responde con Santo Tomás: la enseñanza de la Doctrina Sagrada y la predicación deben derivar de la plenitud de la contemplación, *ex plenitudine contemplationis* (I-II, 188, 6); estas dos palabras unidas tienen un sentido muy elevado en la terminología de Santo Tomás, siempre tan perfectamente sobria.

La contemplación no está ordenada a la acción apostólica como un medio se subordina a un fin (como sería el caso de un estudio hecho con apuro en vistas a preparar un sermón); sino que la produce como una causa eminente y sobreabundante. El punto

⁶ Hay que distinguir, además, entre vocación interior y exterior, entre vocación remota y vocación próxima, pudiendo ser esta a su vez suficiente o eficaz. Cf. Salmanticenses, de Praedestin., disp. IV, dub. III. Santo Tomás insiste (II-II, 85, a ad 2): “Muchos siguen sus pasiones, y sus actos dependen lo más a menudo (ut in pluribus) de las influencias ambientales; hay pocos que lleguen a disciplinarse, y esos son los sabios”. No habrá que concluir: los hombres en general no están llamados a vivir vida verdaderamente racional. Por el hecho de que muchas bellotas se pierdan, ¿habrá que negar la ley general: la bellota está hecha para producir la encina? Del mismo modo, entre los que estudian la doctrina de un San Agustín o de un Santo Tomás ni siquiera la mitad llegan a asimilarla, a repensarla vitalmente, a comprenderla bien; y, sin embargo, esta comprensión no es algo extraordinario que está fuera de las leyes del desarrollo de la inteligencia. — Desde este punto de vista se explica muy bien, como dice el P. Lamballe (La contemplation. p.70), un texto de San Juan de la Cruz que a primera vista pudiera parecer contrario a su doctrina; se lee en “la Noche oscura” I. I, c. 9: «que no todos los que se ejercitan de propósito en el camino del espíritu lleva Dios a contemplación, ni aun a la mitad (el porque Él lo sabe)».

Ciertos comentaristas dudan menos, hace notar el P. Lamballe, para ellos es muy simple: esas almas no elevadas a la contemplación perfecta están en la vida normal. No hay que maravillarse, son los otros los que constituyen la excepción. El propio San Juan de la Cruz habla muy de otro modo; y a la cuestión planteada responde como San Agustín lo hiciera refiriéndose al problema de la predestinación: entre todos los fieles llamados a la vida eterna, ¿por qué está predestinado éste y no aquél? Sólo Dios lo sabe, dice San Agustín. San Juan de la Cruz habla igualmente de la predestinación (Subida I. II, c. 4): “Es verdad que las almas, sea cual fuere su capacidad, pueden haber alcanzado la unión, pero todas no la poseen en el mismo grado. Dios dispone libremente de ese grado de unión, pues dispone libremente del grado de visión beatífica”. Lo mismo enseña Santo Tomás en I, 21, 5.

Conviene, pues, no confundir vocación y predestinación: hay muchos llamados, pocos elegidos. La vocación puede ser remota, puede ser próxima y suficiente, sin ser por ello todavía eficaz. La vocación próxima y eficaz a la contemplación mística se manifiesta por los tres signos enumerados por San Juan de la Cruz (Subida, I. II, c. 11-3; Noche, I. I, c. 9) y antes de él por Taulero, cuya enseñanza sobre el particular está resumida en las instituciones, c. 35. — Pero aún entre los que son eficazmente llamados a la contemplación mística no todos están predestinados a un alto grado de esta contemplación ni a una alta perfección. Inútil insistir sobre la importancia de esta advertencia.

culminante de la vida de apóstol es el tiempo de unión con Dios en la oración. De esta unión divina, debe descender a los hombres, con el alma llena de Caridad y de luz de vida, para hablarles de Dios y volverlos a hacia Él.

De este modo, Santo Tomas considera la vida activa y la vida puramente contemplativa como menos perfectas que la vida apostólica que les une a ambas, y que tiene como finalidad la contemplación que fructifica por medio del apostolado. Así como Jesús y los Doce, el apóstol debe ser un contemplativo que entrega a los demás su contemplación para salvarlos y santificarlos. *Contemplari et contemplata aliis tradere*, son las palabras de Santo Tomás, que se convirtieron en el lema de la Orden⁷. La contemplación, con las horas de recogimiento que exige, lejos de molestar la actividad apostólica, es su fuente. En el momento que se detiene nuestra contemplación, en ese mismo momento se detiene nuestro apostolado. Sin ella, sin el deseo de prepararse a él, nuestra alma Dominicana, inflada por una ciencia vana, ya no irradia. El naturalismo practico la invade y puede destruirlo todo; ella cae presa del orgullo intelectual y ya no tiene ninguna semejanza con el alma santa y orante de Domingo, que se alimentaba incesantemente “en la mesa de la Cruz del Salvador”.

La contemplación divina nos hace olvidar lo que envanece o lo que rompe nuestra pobre pequeña personalidad, para hacernos pensar siempre en Dios, en las almas, y darnos la fuerza de sobreponernos a todas las contradicciones. Suprime la fiebre de la agitación superficial preocupada por la nada de una vida y de una ciencia materializadas. Ella espiritualiza, concede actuar en elevación y profundidad, hace decir mucho con pocas palabras, lentamente pronunciada y que ya no se olvidan nunca más. Sólo la contemplación muy amante de la Luz de la Vida, del amor infinito de Dios por nosotros, de la sobreabundante Redención, de la vida eterna comenzada en las almas, puede hacernos predicar, con celo infatigable, no solamente la letra, sino el espíritu totalmente sobrenatural del Evangelio. Solamente entonces el apóstol comunica algo de esa palabra de fuego de la que habla el salmista, *ignitum eloquium tuum vehementer* (Sal 115, 140): “palabra viva de Dios, más cortante que espada alguna de dos filos, tan penetrante que llega hasta las

⁷ II-II, 180, 6. — En el comentario de este artículo, Passerini hace notar, siguiendo a varios otros autores tomistas, que la acción apostólica no es, en el sentido propio de la palabra, el fin (*finis cuius gratia*) de la contemplación, sino que ésta es el efecto (*finis effectus*). Así, la Encarnación no está ordenada a la redención de la humanidad como medio para un fin superior, sino como una causa a un efecto inferior. Cristo, dice Santo Tomás (I, 20, 4 ad 1), es más amado por Dios que todo el género humano y que todas las criaturas juntas... No pierde nada de su excelencia por el hecho de que Dios lo haya entregado a la muerte por nuestra salvación; por el contrario, así ha llegado a ser el glorioso vencedor del pecado y de la muerte. — Lo que Dios ha querido desde toda la eternidad no es la Encarnación subordinada a la Redención, como medio para un fin superior, sino la Encarnación redentora. Del mismo modo, el fin de una Orden de vida mixta o apostólica no es el apostolado, al que la contemplación estaría subordinada como a un fin superior, sino la contemplación que fructifica por el apostolado. “*Religio mixta respicit principaliter contemplationem ut fructificantem ad extra ad animarum salutem*” (“La religión mixta mira de modo principal la contemplación en cuanto que fructifica exteriormente para la salvación de las almas”), Passerini OP, in II-II, 188, 6. Lo mismo Salmanticenses, *De statu religioso in communi*, disp. II, dub. III.

fronteras del alma y del espíritu... escruta los sentimientos y los pensamientos secretos de los corazones” (Heb 4, 12-13) para sacarlos del mal y convertirlos a Dios.

Esta vida contemplativa y apostólica no es imposible. Los santos y beatos de la Orden de santo Domingo y de muchas otras familias religiosas la han vivido. Con la fuerza de la gracia divina podemos y debemos vivirla. Que se digne conseguirnos esta gracia el Patriarca de los Predicadores; pidámosela utilizando esta oración que tan bien caracteriza la misión que él ha recibido y que sigue teniendo: “*O lumen Ecclesiae, doctor veritatis, rosa patientiae, ebur castitatis, aquam sapientiae propinasti gratis: Praedicator gratiae, nos iunge beatiss*” (“Luz de la Iglesia, doctor de la verdad, ejemplo de paciencia, ideal de castidad, que nos diste a beber con largueza (gratuitamente) el agua de la sabiduría: Predicador de la gracia, júntanos a los santos”).

fr. Reg. Garrigou-Lagrange OP.
Angelicum, Rome.